

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA QUERIDA

ME había detenido en Bauilles, únicamente porque leí en una Guía (no sé cuál) «Her-moso Museo: dos Rubens, un Teniers, un Ribera.»

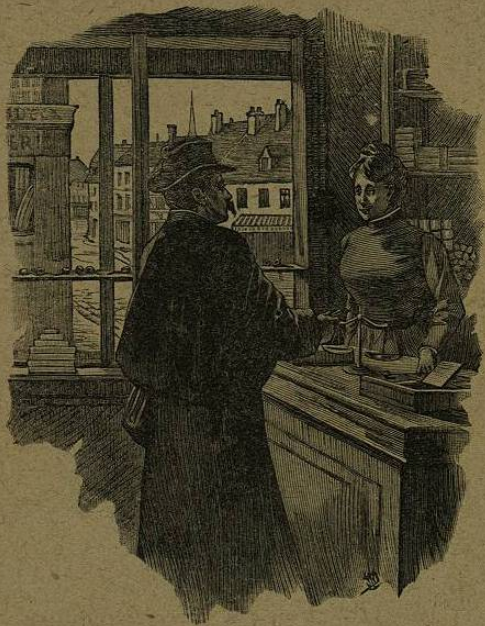
Y me dije: «Veamos todo eso. Comeré en el Ho-tel de Europa, excelente al decir de la Guía, y á las veinticuatro horas, otra vez en marcha.»

El Museo estaba cerrado; solamente lo abrían á instancia de algún viajero; abrióse para mí, que lo solicité, y pude contemplar algunos vejestorios atribuídos por un conservador chiflado á los mejo-res maestros de la pintura.

Luego, hallándome solo y sin tener absolutamen-te en que divertirme, lanzado en las calles de una pequeña ciudad, construída en el centro de inmensa llanura, me puse á contemplar escaparates y reco-rrí algunos pobres comercios. A las cuatro de la tarde me sentía desalentado, inútil para todo, sin fuerzas para soportar el aburrimiento invencible

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer? Hubiera pre-

miado con 500 francos á quien me sugriese la idea de una distracción. A mí no se me ocurría nada, y decidiendo, sencillamente, fumar un buen cigarro, busqué un estanco. Pronto lo reconocí por su faro-



lito rojo y entré. La estancuera me presentó varias cajas, para que yo escogiese. Después de mirar los cigarros, malísimos en mi opinión, miré á la estancuera, una mujer cuarentona, rolliza y blanca.

En su rostro, simpático y respetable, creí hallar un recuerdo algo conocido. ¿Habría visto en otra parte aquella cara? ¿No era posible? Si; era posible. Los años cambian las fisonomías, la gordura las deforma, pero siempre las facciones conservan algún rasgo peculiar que se fija en la memoria.

Le dije:

—Perdone usted, señora, que la mire con tanta insistencia; pero me parece recordarla.

Ella contestó ruborizándose:

—Yo también creo recordar á usted.

De pronto grité:

—¡Oh! ¡Sin duda! ¡*Ça irá!*

Ella levantó las manos con expresión cómicamente desesperada, balbuciendo:

—¡Si le oyesen!...

Y luego, recordando á su vez, dijo en voz alta:

—¡Oh! ¿Eres tú, Jorge?

Miró á todas partes con temor de que alguien hubiera oído aquella frase. Pronto se tranquilizó, y dijo risueña:

—Estamos completamente solos.

¡*Ça irá!* ¿Cómo pude reconocer á *Ça irá*—una pobre criatura débil y flaca—en la sonriente y rolliza estancuera?

¡*Ça irá!* ¡Cuántas memorias acudían rápidamente á la imaginación! Bougival, La Grenonillere, Chateau, el restaurant Fournaise, muchos días pasados

en las canoas, bogando contra la corriente; diez años de placer transcurridos en las deliciosas orillas del río.

Eramos entonces doce compañeros, huéspedes en la casa Galopois, de Chatou; vivíamos alegremente, á todas horas medio desnudos y medio borrachos. Las costumbres han cambiado; los remeros de ahora llevan monoclo.

Teníamos entre los doce, unas veinte queridas, más ó menos constantes. Algunos domingos acudían sólo cuatro; á veces acudían todas. Algunas eran fijas y constantes; otras iban cuando estaban desocupadas. Cinco ó seis vivían á costa de todos y sirviendo á todos los que no tenían una querida propia; una de ellas fué *Ça irá*.

Cojeaba; era tímida, torpe, infeliz; no tenía suerte ni acierto para nada. Se acercaba con miedo al más humilde, al más insignificante, al más pobre de la pandilla, que le daba de comer un día, ó un mes: lo que alcanzaban sus recursos. Nadie supo jamás de qué manera vino á nosotros. ¿La reclutamos en un baile, un día de borrachera, con otras muchas mujeres de las que pasaban sólo una noche en nuestra casa? ¿La invitamos á almorzar, compadeciéndonos de su abandono? Ninguno de nosotros lo sabía; pero lo cierto es que ingresó en la pandilla.

La llamábamos *Ça irá*, porque se lamentaba siempre de sus desdichas, de los obstáculos que le

ofrecía la suerte. La preguntábamos todos los domingos: «¿Cómo van los asuntos?» Y ella nos respondía invariablemente: «No muy bien; pero confío en que alguna vez cambien las cosas.»

¿Cómo aquella infeliz, desagradable y torpe, se había dedicado al oficio que requiere más gracia, más animación, más belleza y astucia? ¡Misterio! En París abundan las mujeres de placer, bastante feas y desapacibles para dar asco á un gendarme.

Pasaba los domingos con nosotros; pero ¿y los seis días restantes de la semana? Nos dijo repetidas veces que trabajaba. ¿Dónde? ¿En qué? No teníamos curiosidad alguna de averiguarlo, indiferentes á su existencia.

Nuestro grupo se fué desgranando poco á poco. También á ella la perdimos de vista. Dejamos nuestras canoas y nuestras alegrías á la generación siguiente.

Yo almorzaba de vez en cuando en el restaurant Fournaire, y allí supe que *Ça irá* andaba con la gente nueva. Pasó dos veces de una generación á otra (una generación de remeros vive tres años, regla general; después los jóvenes que la formaron, abandonan el Sena para entrar en la magistratura, en el ejercicio de la medicina ó en los debates políticos). Nuestros sucesores, ignorando lo que significaba llamarla *Ça irá*, creyeron que sería el nombre oriental Zaira. Más adelante convirtieron el Zai-

ra en Zaa, y éste sufrió una modificación, reduciéndose á Sara. Los últimos que la conocieron, al oír que la nombraban Sara, creyéndola israelita, la llamaron *La Judía*.

Luego desapareció.

Y al cabo de tantos años la encontraba de estanquera en Bauilles.

* *

La dije:

—¿Cómo van los asuntos?

Y respondió:

—No del todo mal.

Tuve curiosidad por conocer su vida. En otra ocasión, estoy seguro de que no me hubiera preocupado; pero allí, en aquellas circunstancias, me intrigaba, me atraía, me interesaba. Le pregunté:

—¿Cómo te las arreglaste para conseguir esto?

—No lo sé. Cuando menos lo esperaba, la fortuna me ayudó.

—¿En Chatou?

—¡No! En París.

—De modo que tú vivías en París.

—Trabajando en casa de la señora Ravelet.

—¿Qué señora Ravelet?

—¿No la conoces? La modista: la famosa modista de la calle de Rivoli.

Y empezó á referirme incidentes de su pasado,

mil secretos de la vida parisién, el interior de una casa de confecciones, los apuros de las oficialas, sus aventuras y sus pensamientos, la historia de aquellas lechuzas callejeras, que andan á caza de un hombre por todo París al ir al taller por la mañana, cuando salen á la hora del almuerzo, y cuando se retiran por la noche.

Me decía, gozando con sus recuerdos:

—¡Se hacen tantas picardías! Luego nos las contábamos unas á otras, riéndonos de los hombres.

* *

El primer engaño que hice, fué con un paraguas. Yo llevaba uno viejo, de algodón, una cosa «deshonorable». Mientras lo cerraba, difícilmente, al llegar al taller, un día de gran chaparrón, Luisa me dijo:

—¿Cómo te atreves á salir con ese paraguas?

—Porque no tengo otro mejor, ni dinero para comprarlo. Aguardaré á que suban los fondos.

Para mí, los fondos nunca subían.

Ella me respondió:

—Vete á buscar uno á la Magdalena.

No la comprendí. Luisa, continuaba:

—En la Magdalena los cogemos todas. Hay tantos como quieras.

Y me lo explicó. Una cosa muy sencilla.

Fuí á la Magdalena con Irma. Buscamos al sacristán manifestándole que nos habíamos dejado en



la iglesia un paraguas la semana anterior. Nos preguntó la forma del puño, y le describí un puño de ágata. Entonces nos hizo entrar en un cuarto donde había más de cincuenta paraguas de personas que se los dejaban olvidados; los miramos todos uno por uno, sin que apareciera el mío; pero me fijé mucho en el que me gustaba más: un paraguas muy bonito, con puño de marfil labrado. Luisa fué á pedirlo al día siguiente. Lo describió, siguiendo mis instrucciones, y se lo dieron sin dificultad.

Para esas aventuras nos vestíamos lo mejor posible.

¡Hacíamos tantas cosas! ¡tan divertidas! Eramos cinco en el taller; cuatro, pobres y vulgares; pero una, muy guapa, muy elegante: Irma, la bella Irma. Parecía una señora y tenía un amante Consejero de Estado. Lo cual no la impidió nunca apechugar con todo lo que se le presentaba. Una tarde nos dijo: «¡Ya veréis lo que hacemos!»—Y nos lo contó.

Irma tenía un cuerpo delicioso y una cara ideal, una cintura y unas caderas admirables. Era un cebo para los hombres. Imaginó la manera de hacernos ganar á cada una cien francos. Verás como lo hizo.

Todas queríamos comprarnos una sortija y nos faltaba lo principal. Era preciso ingeniarse. Cada una tenía dos ó tres amigos que daban algo, pero no lo suficiente. Cuando salíamos para almorzar, alguna vez picaba en el anzuelo un hombre; le

impacientábamos durante quince días, y al fin, cedíamos á sus deseos. Pero la ganancia no era mucha. En Chatou no hacía más que divertirme. Dinero, nada. ¡Oh! ¡Cómo te reirías oyéndome referir todas nuestras famosas invenciones!

¡Figúrate la cara que pondríamos al saber que Irma proyectaba la manera de hacernos ganar, á cada una, cien francos!

La cosa es canallesca; pero te lo contaré todo; no importa; conoces la vida y después de ir á Chatou durante cuatro años, nada puede sorprenderte.

Irma nos dijo:

—Vamos á secuestrar en el baile de la Opera á los hombres más ricos, más elegantes y más generosos: yo sé á cuáles dirigirme.

Al principio el proyecto nos pareció irrealizable, porque hombres así no van al baile para entretenerse con unas modistillas como nosotras. Con Irma, sí. ¡Oh! ¡tenía tanto gancho! En el taller decíamos que si el Emperador la hubiera conocido, se casara con ella.

Nos hizo vestir con lo mejor de nuestro guardarropa, y nos dijo:

—«Vosotras no entraréis en el baile. Metidas cada una en un coche, aguardaréis en las calles próximas. Un caballero subirá, sentándose á vuestro lado. En seguida, le besaréis del modo más agradable que sepáis; luego, lanzaréis una exclamación

de sorpresa, indicando que os equivocásteis, que aguardabais á otro, que hubo confusión. Esto seducirá seguramente al infeliz, satisfecho de suplantar á otro, y hará lo posible por quedarse con *su desconocida*. Vosotras resistiréis, y al cabo... cediendo á sus instancias, consentiréis en que os lleve al restaurant... Lo demás corre de vuestra cuenta.»

¿No comprendes aún? Pues mira tú lo que hizo la condenada.

Nos metió á cada una de las cuatro en un coche de casino: coches decentes, con librea; luego, dejándonos colocadas en las calles próximas á la Opera, entró en el baile. Como conocía por su nombre á muchos mundanos, y había visto á sus esposas en casa de la modista, se acercó á uno diciéndole cosas bastantes para intrigarle, pues no carecía de ingenio. Cuando le tuvo ilusionado, se quitó la careta, y el infeliz cayó en el lazo. Quiso llevársela en seguida, pero ella le dió cita en un coche, frente al número 20 de la calle Taisbout, á la media hora justa. Necesitaba esa media hora para despistar á otro pretendiente.

Yo estaba en el coche parado allí, muy tapada. De pronto, un caballero se asomó á la portezuela, preguntando:

—¿Me aguarda usted ya?

Respondí en voz baja:

—Suba pronto.

Subió, le besé, oprimiéndole hasta cortarle la respiración, murmurando:

—¡Soy dichosa! ¡muy dichosa!

Y de pronto, exclamé:

—¿Pero, no eres tú? ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y me puse á llorar.

¡Imagínate cómo se quedaría el hombre! Trató de consolarme; dijo, sinceramente, que también él se había equivocado, y me pidió mil perdones.

Yo lloraba sin cesar, con angustiosos y conmovedores sollozos. El me dijo palabras muy tiernas. Era un caballero muy fino, muy bien educado; y le satisfacía ver que sus razonamientos me iban consolando poco á poco.

Pasando de unas cosas á otras, acabó invitándome á cenar. Yo me resistí como una fiera; quise abandonar el coche, me detuvo, me besó...

Y cenamos... Ya comprendes... Al despedirnos, me dió quinientos francos... Ya ves: hay hombres generosos.

Todas conseguimos bastante más de lo que deseábamos. Luisa, la menos favorecida, sacó doscientos francos. Ya sabes que Luisa estaba en los huesos.

*
* * *

La estanquera seguía refiriéndome los recuerdos, las impresiones de su vida, encerrados en su cora-

zón durante mucho tiempo, sin poder confiarlos á nadie. Sentía las atracciones de su pasado galante y canallesco, de su vida parisién, hecha con privaciones y caricias pagadas, con risas y miseria, con engaños y ráfagas de amor verdadero.

La interrumpí luego para preguntar:

—¿Cómo conseguiste un estanco?

Ella sonrió.

—¡Tiene su historia! Figúrate que vivía frente por frente á la puerta de mi cuarto un estudiante de leyes, un estudiante de los que nunca estudian. Pasaba los días enteros en el café; le gustaba mucho el billar; era su delirio. Cuando yo estaba sola, entraba en mi cuarto por las noches. Con él tuve á Rogelio.

—¿Qué Rogelio?



—Mi hijo.

—¡Ah!

—Me señaló una pequeña pensión para criarle. No he visto en mi vida un estudiante más gandul. A los diez años, no había podido aprobar el primero de carrera, y su familia, segura de no sacar ningún provecho de aquel carambolista, le hizo dejar los estudios y volver á su casa. Pero seguimos en correspondencia, por el niño.

Figúrate que, hace dos años, en las últimas elecciones, salió diputado por su distrito. Habló en las Cámaras, y, como en el país de los ciegos, el tuerco es rey... adquirió influencia; fui á verle, y obtuvo para mí un estanco...

Disimula: Entra Rogelio.

Un joven estirado, grave, satisfecho de sí, entró en la tienda, y acercándose á su madre, le dió un beso en la frente.

La estanquera me dijo:

—Este joven, caballero, es hijo mío; secretario del Ayuntamiento ahora, y futuro gobernador...

Saludé al digno empleado y salí para encaminarme hacia el hotel, después de ofrecer la mano correctamente á la estanquera.



CONVERSANDO

EL barco estaba lleno de gente. Se pronosticaba un feliz viaje; los havreses iban á dar un paseo á Trouville.

Soltaron las amarras; un silbido anunció la partida; un estremecimiento sacudió el barco, mientras se oía en torno un rumor de agua removida.

Giraron las ruedas; detuviéronse, y giraron de nuevo suavemente. Cuando el capitán dijo en el portavoz que le servía para dar sus órdenes á los de la máquina: «¡En marcha!», las ruedas comenzaron á girar con rapidez.

Nos apartábamos del muelle.

Los viajeros agitaban sus pañuelos, como si se despidiesen para América, y los amigos que se quedaban en tierra, hacían otro tanto.

El sol de Julio caía sobre las sombrillas rojas, sobre los trajes claros, sobre los rostros alegres, sobre las aguas del Océano en calma. Cuando salimos del puerto, el vaporcito dió una vuelta rápida,

UNIVERSIDAD DE MADRID
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X el Sabio"
Año 1825 MONTEALEGRE

encarándose con la costa lejana entrevista vagamente á través de la bruma matinal.

A nuestra izquierda se abría la embocadura del Sena, de veinte metros de ancha. De trecho en trecho, grandes boyas indicaban los bancos arenosos y se distinguían á lo lejos las aguas dulces y cenagosas del río, que no mezclándose con el agua salada, dibujaban grandes franjas amarillentas en la superficie verde y pura del mar.

En cuanto me veo en una embarcación, siento la necesidad de pasear de arriba abajo, como un marino que hace guardia.

¿Por qué? Lo ignoro. Pero lo cierto es, que según mi costumbre, comencé á pasearme, procurando evitar encontrones con los viajeros.

Me llamaron. Volví la cabeza. Reconocí á un antiguo compañero, Enrique Sidoine, al cual no había visto en diez años. Después de darnos un afectuoso apretón de manos, hablando de unas cosas y de otras, emprendimos nuevamente los paseos de oso enjaulado. Sin dejar de hablar, mirábamos las dos filas de viajeros sentados á uno y á otro lado del puente.

De pronto Enrique dijo con verdadera expresión de rabia:

—Está lleno de ingleses. ¡Qué asco!

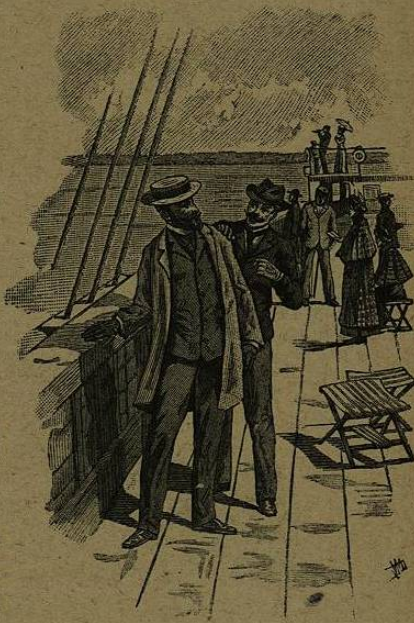
En el vapor abundaban, en efecto, los ingleses. Los hombres, de pie, contemplaban con sus gеме-

los el horizonte, con cierto empaque de importancia que parecía decir: «Somos nosotros, los ingleses, los dueños del mar. ¡Bum! ¡Bum! Aquí estamos.»

Y todos los velos blancos que flotaban en sus sombreros, parecían banderas desplegadas indicando su poder.

Las señoritas, cuyo calzado recordaba también las construcciones navales de su patria, ceñían á su talle, de singular tiesura, y á sus brazos delgados, sus chales multicolores, y sonreían vagamente al paisaje luminoso. Sus cabecitas lucían sombreros ingleses de forma extraña, y sobre su cuello, sus pobres cabelleras ensortijadas parecían culebrillas oscilantes.

Y las viejas, aún más estiradas, abrían al viento



su mandíbula nacional, como si amenazaran al espacio con sus dientes amarillos y enormes.

Sentiase, pasando junto á ellas, olor de caucho y de elixir dentífrico.

Enrique repetía cada vez más colérico:

—¡Es un asco! ¿No se podría impedir que viniesen á Francia?

—¿Por qué los odias? Yo te aseguro que me son del todo indiferentes.

Enrique dijo:

—Sí, claro; como no te has casado con una inglesa... Pero yo me casé con una inglesa.

Me detuve para reirme.

—¡Ah, demonio! Cuéntamelo. ¿Te hace feliz?

Mi amigo se encogió de hombros.

—Precisamente infeliz... No tanto.

—Entonces ella te ha... ¿Te ha engañado?

—Desgraciadamente, no. Eso me daría pretexto para el divorcio, librándome de sufrirla.

—No comprendo.

—¿No comprendes? ¡Claro! Pues bien, ella no hizo más cosa mala que hablar en francés. Oye. No tenía yo el menor deseo de casarme, cuando fuí á pasar el verano á Etretat, hace doce años. Nada más peligroso que las playas para los solteros. Las muchachas allí se hallan en su elemento. París favorece á las mujeres y los veraneos á las muchachas. Las expediciones en burro, los baños por la maña-

na, los almuerzos sobre la hierba: todo son provocaciones hacia el matrimonio. Y en verdad, no hay cosa más agradable que ver una criatura de diez y ocho abriles correteando á través de los campos ó cogiendo flores á la orilla de un camino. Conocí á una familia inglesa que vivía en el mismo Hotel que yo; el padre se parecía á todos los ingleses y la madre á todas las inglesas.



Tenían dos hijos, dos muchachos huesudos, de esos que hacen desde la mañana hasta la noche violentos ejercicios, jugando con bolos, con mazas ó con palas; tenían además dos hijas, la mayor flacucha, una verdadera inglesa disecada; la pequeña una mara-

villa, rubia, con una cabeza verdaderamente celestial. Esas malditas inglesas, cuando se proponen ser guapas, lo son de verdad. Tenía los ojos azules, de un azul que parece impregnado en poesía, en esperanza, en ensueño, en todos los goces del mundo.

¡Qué horizontes abren á los delirios amorosos los ojos de una mujer como aquella! ¡Qué bien responden á las ansias eternas y confusas de nuestro corazón!

Preciso es confesar que los franceses adoramos á las extranjeras. En cuanto vemos una rusa, una italiana, una española ó una inglesa un poco bonita, nos enamoramos perdidamente.

Todo lo que viene de fuera nos entusiasma: los sombreros, los guantes, los fusiles y... las mujeres. Y en esto haeemos mal.

Porque yo creo que lo que nos interesa más en las exóticas es el defecto de pronunciación. En cuanto una mujer habla mal nuestro idioma, nos agrada; si se equivoca una vez en cada frase, nos cautiva, y si chapurrea de un modo ininteligible, nos enloquece.

Mi inglesita Kate hablaba de un modo inverosímil. Yo no entendía una sola palabra los primeros días; luego, acabé por enamorarme como un tonto de aquella jerigonza cómica y alegre.

Todos los conceptos estropeados, ridículos y es-

trambóticos, en sus labios tomaban una expresión deliciosa. Por las noches, en las terrazas del casino, sosteníamos conversaciones verdaderamente características y enigmáticas.

Me casé, adorándola con locura, como se adora un ensueño. Los verdaderos amantes adoran un ensueño que se les presenta en forma de mujer.

Mi terrible, mi única desgracia, fué dar á Kate un profesor de francés. Mientras ella martirizaba el diccionario y tenía en un potro la gramática, me ilusionó.

Hablando con dificultad, me descubría la gracia encantadora de su ser, la elegancia incomparable de su figura. Me la imaginaba como una maravillosa joya viviente, como una muñeca de carne, formada por mis caricias y que sabía decir apenas lo que le gustaba, lanzar exclamaciones atractivas y expresar coquetonamente, á fuerza de ser incomprendible, sensaciones y emociones poco complicadas.

Parecía un juguete de esos que dicen «papá» y «mamá» y pronuncian «baaba» y «baamban».

Cómo podría yo suponer que...

Ahora, tampoco habla muy bien que digamos, pero se la comprende sin dificultad; la comprendo ya demasiado.

Abrí mi muñeca y sé lo que tiene dentro, amigo mío. ¡Qué lastima!

Tú no conoces las opiniones, las ideas, las teorías de una inglesita bien educada, á la cual no se le puede reprochar lo más mínimo, y que repite constantemente, á todas horas, las frases de un diccionario de la conversación, escrito para los colegios.

Recuerda *las sorpresas* del cotillón, esos paquetitos preciosos y dorados que guardan execrables confites. Yo tuve una en mi mano y rasgué la envoltura, quise probar lo que había dentro, y me desagradó tanto, que ahora se me revuelve el estómago sólo de ver á los ingleses.

¿Me habré casado con una cotorra, á la cual enseñara un poco de francés una institutriz inglesa?

.....
Divisábamos ya el puerto de Trouville, muy animado.

Yo dije:

—¿Dónde tienes á tu mujer?

Y me contestó:

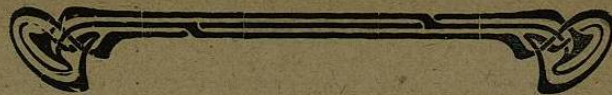
—La llevé á Etretat.

—Y tú, ¿qué proyectas?

—Distraerme un poco en Trouville.

Y después de un silencio añadió:

—No puedes imaginarte hasta qué punto resultan insoportables ciertas mujeres.



EN EL TREN

EL sol estaba próximo á ocultarse detrás de la cordillera, sobre la que se alzaba gigantesco el Puy de Dôme, y la sombra de las cumbres invadía el profundo valle de Royat.

Algunas personas circulaban por los jardines en torno del kiosco de la música. Otras permanecían aún sentadas, formando tertulias, á pesar de que la tarde iba siendo fría.

En uno de los grupos discutíase animadamente un importante asunto que preocupaba de veras á la señora de Sarcagnes, á la señora de Vaulacelles y á la señora de Bridoie. Se aproximaban la vacaciones y había que sacar á los niños de los colegios de Jesuitas y Dominicos donde se educaban.

Y no entrando en los cálculos de aquellas madres tomar el tren para ir en busca de sus descendientes, discurrían acerca de lo dificultoso de tan delicada misión, no sabiendo á quién pudieran confiársela.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1040 1625 MONTERREY, MEXICO